

Doy por sentado que todo el mundo tiene una lista propia de aquellas virtudes que intenta poner en práctica; más aún, que si fracasa en la realización de tales actos virtuosos, se siente avergonzado sin que para ello tenga nada que ver la opinión ajena. He procurado resumir en algo así como un decálogo aquellas virtudes que yo quisiera poseer: helo aquí:

Decálogo de un filósofo

= De La Nación. Buenos Aires. =

1.— No mientas para tí mismo.— Considero que este mandamiento es el más esencial de todos. Alguien harto racionalista podría argüir que es inútil mentir para sí mismo, puesto que uno no podría jamás creer en el embuste propio; pero este argumento se funda en mera ilusión. Coué nos ha enseñado a curar enfermedades mediante la autosugestión, y el mismo método es igualmente eficaz cuando se lo aplica con miras a obscurecer la conciencia o percepción de nuestros propios defectos. Si uno ha estado ocupado en realizar una transacción comercial y ha logrado efectuar un negocio que dejara pingües ganancias a expensas de alguien mucho más pobre que uno mismo, no tiene más que asegurar para sus adentros todas las noches, cuando está por dormirse, que supo dar muestras de extraordinaria generosidad y que la inmensa mayoría de la gente habría procedido con menos blandura; y acabará por creerlo cuando lo haya repetido para sí durante una semana o un mes. Los jactanciosos no tardan en creer en las proezas de arrojo que atribuyen a su propia persona. Si uno quiere creer en alguna doctrina teológica o política que aumente sus rentas, atribuirá mayor fuerza a los argumentos en pro que a los en contra, a menos que tenga sumo cuidado. Y hablando en términos generales, uno será capaz de perpetrar cualquier villanía con la más clara conciencia, a menos que practique el hábito de decir la verdad para sí mismo.

2.— No mientas para otros a menos que estén ejerciendo tiranía.— Esto está en franca oposición con la opinión generalmente aceptada, según la cual uno debería decir la verdad a los fuertes, pero no a los débiles. Se considera justo y adecuado que los gobiernos y ciertos órganos mientan sobre asuntos públicos; se considera bien hecho que los padres mientan a sus hijos sobre asuntos sexuales y aun sobre la excelencia moral de dichos padres. Mi principio es el anverso de todo esto. Yo considero que los gobiernos deberían decir la verdad a sus súbditos o ciudadanos, y que los padres también deberían expresar la verdad a sus hijos, por muy inconveniente que esto pueda parecer; pero no creo que los tiranos tengan derecho a esperar verdad de los labios de sus víctimas. En casos extremos, esto sería admitido; un conspirador que bajo la tortura se niega a traicionar a su cómplice, conquista admiración siempre que su caso no sea demasiado abominable. Pero creo que el principio tiene



Bertrand Russell

aplicaciones mucho más amplias. Yo no culparía a los niños por mentir ante sus padres si éstos son severos hasta más allá de toda razón; yo no culparía a un libre-pensador por ocultar sus opiniones si el darlas a conocer hubiera de perjudicarlo hasta el grado de hacerlo morir de hambre.

3.— Cuando creas que tu deber es causar dolor, examina a fondo las razones que tengas para ello.— Yo aconsejaría: «No te complazcas en causar dolor», si no fuera porque ésta es una cuestión que está más allá del dominio de la voluntad. Si uno encuentra placer en causar dolor, quizá logre alterar su carácter mediante varios métodos indirectos; pero no conseguirá eliminar dicha sensación placentera por el mero hecho de decir para sus adentros que aquello es bajeza. Mediante un acto volitivo uno puede, sin embargo, abstenerse de cometer acciones a las que se siente tentado por el deseo de ese placer. A decir verdad, el deseo de causar dolor es mucho más común que cuanto cree la mayoría de la gente, y se encuentra en el fondo de muchas creencias consideradas como morales. Hubo entre nosotros muchos que creyeron— y la opinión persiste aún en Japón— que es perverso que una mujer reciba anestesia durante el alumbramiento. Esta creencia jamás tuvo otra base que el sadismo, apesar de que para ella se ha dado toda clase de razones pseudo-científicas. Dudo que operaciones tales como la extirpación de las amígdalas sean siempre necesarias cuando las recomiendan los cirujanos, y sospecho que algunos de éstos encuentran inconsciente-

mente una fuente de placer en causar dolor. Todo cirujano tiene el deber de inhibir su repulsión natural a causar dolor, mas ciertamente hay una tendencia psicológica a permitir que dicha inhibición ceda el puesto a impulsos sádicos. Admiramos y alabamos el sacrificio propio, y nos complacemos ante la contemplación de vidas virtuosas totalmente despojadas de felicidad; esto también suele tener sus raíces en la crueldad, y hace que los moralistas condenen el sacrificio propio aun cuando no haga ningún bien para nadie. Por todas estas razones nos inclinamos demasiado a creer que el dolor es bueno para los demás; y si bien esa creencia se halla a veces justificada, como por ejemplo, en el caso de una operación quirúrgica necesaria, deberíamos estar completamente seguros en cada caso de que nuestro juicio no se encuentra sometido a la influencia de algún impulso hacia la crueldad.

4.— Cuando desees el poder, examina cuidadosamente el por qué de ese deseo.— El ansia de poder es parte del mecanismo esencial de la naturaleza humana y no debe ser considerado como un mal en sí; sólo se convierte en malo cuando va asociado a ciertos otros deseos e impulsos. Los *leaders* religiosos, los reformadores y los hombres de ciencia obran todos bajo la influencia de varias formas de amor al poder, mas no por ello tenemos derecho a pensar mal de ellos. Por otra parte, es malo aquel poder que consiste en perjudicar a la gente. He aquí, por lo tanto, que el amor al poder es un mal cuando va asociado al odio o al desprecio, mas no en caso contrario. La bondad o maldad del amor al poder depende completamente de esos otros deseos para cuya realización deseamos conquistar tal poder. Si con semejante deseo se aspira a ser poderoso para ser cruel, más valdría que quien lo experimentara se sometiera al tratamiento en manos de un psicoanalista para que le cambiara el carácter... o de lo contrario que se suicidara.

5.— Cuando tengas el poder, úsalo para dar facilidades al pueblo y no para oprimirlo.— Esta máxima tiene especial aplicación en lo que se refiere a la educación. Aquellos que tratan con los jóvenes, tienen inevitablemente el poder en sus manos y resulta harto fácil ejercer ese poder más bien en forma que complazca al educador que no con miras a lograr utilidad para el niño. El ejemplo clásico, por así decirlo, nos lo da el padre que quiere que su hijo le siga las huellas en todo; que aspira a que, como él, el vástago sea un estadista eminente, un financista prominente, un distinguido hombre de ciencia, y esto y aquello y lo de más allá; que se indigna cuando llega a descubrir que los gustos de su hijo son completamente distintos de los suyos. Toda propaganda en cuestiones de educación cae realmente dentro de este capítulo, ya que con-